

árboles del jardín, cuyas ramas podían muy bien tocarse con la mano desde aquel balcón, anunciaba que se había alzado el vientecillo precursor del amanecer. Arriba, en la torre, volvían á arrullar las tórtolas y las palomas, por cuenta ya del futuro día, después de haber callado una hora ó dos como descanso del día precedente.

Aquel monótono canto de las amorosas y pacíficas aves enterneció á Julia.

—¡Vuestros arrullos de hoy durarán más que mi triste vida!...—se dijo, suspirando por la existencia que iba á perder.

Pero muy luego recobró su habitual denuedo; y sacudiendo la cabeza con arrogancia, comenzó á abrir y cerrar cómodas y armarios.

Vistióse entonces de amazona, no sin poner gran esmero en su tocado y atavío; calzóse la espuela; dispuso sobre un velador el sombrero varonil, los largos guantes y el látigo, y se acercó de nuevo al balcón.

Ya clareaba el día... Entre el encapotado cielo y la obscura tierra veíase, en la línea del horizonte, una amarillenta faja de claridad, que, más que la alegre sonrisa de la aurora, parecía el galón de oro de un paño fúnebre...

Los pajarillos del jardín no saludaron aquel amanecer. El mismo cielo negóse á reflejar la luz del nuevo sol, y, extendiendo sus crespones de nubes, borró la faja de claridad crepuscular... Dijérase que se habían vuelto á cerrar las puertas del día... Comenzó entonces á llover sosegadamente, como cuando la lluvia va á durar largo tiempo; y, pasada otra especie de noche, ó sea algunos minutos de renovada obscuridad, filtróse al cabo por

la nublada atmósfera la bastante luz para que se distinguieran unos objetos de otros; con lo que ya pudo decirse que había principiado en aquel valle el 2 de *Octubre*, primer día siguiente al del casamiento de Brígida.

Por lo demás, en todo el cortijo, y aun en el piso bajo de la noble vivienda, sonaban, hacía ya rato, varios ruidos de vida y actividad humana... Oíase, verbigracia, abrir y cerrar puertas; cerner; dar voces (dirigidas á las bestias y á los muchachos); el agrio chirrido de la garrucha de tal ó cual pozo, y, por supuesto, el repiqueteo de muchos almireces, como señal de que las madrugadoras cortijeras estaban haciendo ya las cotidianas gachas de caldo colorado...

—¡Lo mismo que todos los días!... ¡Felices gentes! —pensó Julia, poniéndose el sombrero y cogiendo los guantes y el látigo.

Despidióse en seguida, con una rápida ojeada, de aquellos muebles y de aquellos muros, únicos testigos y confidentes de su dolorosa determinación; suspiró con pesar, al ver que nada ni nadie la detenía ni podría ya detenerla..., y salió, en fin, en busca de la muerte.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

XII

"ALFONSO REYES"

EN EL QUE JOSÉ VUELVE Á LLEVAR ¹⁸²⁵
EN BRAZOS Á JULIA

Serían las nueve de la mañana cuando Guillermo, que dormía profundamente, sintió llamar á la puerta de su

cuarto y oyó la quejumbrosa voz del tío Antonio, que gritaba con respeto y angustia:

—¡Señor!... ¡Señor!... ¡Abra por María Santísima!... ¡Abra, y perdone que le moleste!

—¡Temprano empiezan hoy los dramas campesinos!... —pensó el joven, restregándose los ojos.—Continúan por lo visto las groserías de ayer...

—¡Señor!... ¡No tarde!—exclamó el capataz, golpeando de nuevo la puerta.

—¡Ya voy! ¡Ya voy!...—gritó destempladamente el transnochador, echándose al suelo de muy mala gana.— ¡Tenga usted un poco de paciencia!

Dicho esto, abrió el balcón; y, al ver que llovía, murmuró, mientras se ponía la bata:

—¡Otro día de cárcel! ¡Dios me dé fuerzas para soportarlo!... A la verdad, me he metido en un callejón sin salida... ¿Qué voy á hacerme aquí años y años?...

—¡Señor!... ¡Que la Señora no parece!...—se atrevió á añadir el anciano.—¡Alguna desgracia le ha debido ocurrir!

—¡Cómo!... ¿Qué?... ¡Julia!...—gritó Guillermo, abalanzándose á la puerta y abriéndola lleno de terror.— ¡Hable usted, por Cristo! ¿No está la Señora en casa?

—No, señor...—respondió el cortijero hecho un mar de lágrimas.—Al amanecer ordenó á un mozo que le ensillase el caballo negro, y aunque llovía á cántaros, partió.

—¡Ah, Julia!... ¡Julia!...—exclamó el joven con tanto despecho como pena.—¿Qué te he hecho yo para que así me abandones? ¡Inmediatamente!... Salgamos todos en su busca...—añadió, vistiéndose mientras habla-

ba.—¡Que ensillen todos los caballos y mulos, y me preparen á mí el alazán!... ¡La Señora estará todavía en alguno de los pueblos inmediatos!...

—¡Ah!... No., ¡no, señor!...—repuso el pobre viejo.— ¡La Señora debe de haber perecido!

—¿Qué dice usted, infortunado?...—tartamudeó Guillermo, sintiendo el frío de muerte.

—¡El caballo que montaba ha vuelto solo, ó mejor dicho, un pastor se lo ha encontrado corriendo por el secano grande!...

—¡Jesús!... ¡Jesús mil veces!... ¡Corramos nosotros!... ¡Hay que seguir todas las pisadas del caballo!... —dijo Guillermo.

—A eso ha salido José... Mas, como no cesa la lluvia, están borradas casi todas las huellas...

—Verá usted cómo no lo están para mí... ¡Sin duda la ha tirado el caballo!... ¡Pobre Julia mía! ¡Verá usted cómo vive!... ¡Ay, Dios mío de mi alma! Yo no quiero pensar que haya muerto... ¡Julia! ¡Julia!...

Con tales razones y quejas expresaba el joven su dolor, bien que no sus íntimos y atroces presentimientos, en tanto que bajaba apresuradamente la escalera, seguido del viejo capataz.

En el patio se hallaban reunidas y llorando y gritando todas las mujeres de la cortijada; mas, al ver á Guillermo, se convirtió su pena en sombrío y acusador enojo, y abriéronle paso sin saludarlo y hasta volviéndole la espalda... Los hombres habían salido á recorrer el valle y el monte en busca de Julia.

Por sí mismo enjaezó su caballo el aborrecido forastero, cuya zozobra era cada vez mayor, y ya iba á

montar, cuando oyó que á la parte afuera del edificio gritaban algunos muchachos, con la falta de aliento de quien ha corrido mucho:

—¡Ya ha parecido!... ¡José la trae!... ¡José la ha encontrado!...

—¿Cómo?... ¿Dónde?...—exclamaron todas las mujeres agolpándose al portal.

—¡Todavía viene lejos!... Pesa mucho, y José se ha empeñado en que nadie le ayude... ¡Dice que no es la primera vez que la ha cogido en brazos! ¡Dice que él la bajó un día del palomar!

—Pero ¿cómo viene? ¿Dónde estaba?—gritó Guillermo, desenchajado y con los cabellos de punta, abriéndose paso entre las afligidas mujeres.

—Viene muerta... Estaba en esa balsa grande que usted ha hecho...—le respondió un chico.

—¡Muerta! ¡Muerta!—sollozó Guillermo, saliendo á pie y como loco en dirección al pantano.

—¡Jesús!—gritaban entretanto las mujeres, dirigiéndose también hacia aquel sitio, para ver llegar el cadáver de Julia.—¡Conque no la ha matado el caballo!... ¡Conque se ha matado ella misma!... ¡Tal vida le daría ese hereje, ese mal hombre!... ¡Lástima de Señora! ¡Mal haya sea el que vino á quitarle la honra y la vida! ¡Mal haya su *Presa*, y su *Canal*, y su *Lago de amor*!... ¡El indigno le ha cavado la sepultura!... ¡Librele Dios de seguir viviendo aquí! ¡Váyase pronto si no quiere morir á nuestras manos!

En esto descubrieron á José, que llegaba ya al caserío, trayendo á Julia en los brazos y seguido de seis ú ocho labriegos...

Andaba el mozo con el lento y firme paso de un Hércules, y su ruda cabeza, tirada atrás, tenía tal sello de dolor, de autoridad y de cólera, que infundía espanto...

Al divisar á Guillermo se paró, y aun hizo ademán de volverse y retroceder con su dulce carga.

—¡Julia! ¡Julia!...—gritó en cambio el infeliz amante, llegando desalado al fúnebre grupo, y tratando de apoderarse del cuerpo de su querida.

—¡No la toque usted!—rugió el campesino con voz de trueno.—¡Ya es otra vez nuestra!

—¡No le toque usted!...—repitieron los demás labriegos, sujetando con sus rudas manos á nuestro joven.

—¡Bárbaros!... ¡Soltadme!... ¡Soltadme si no queréis morir!...—exclamó el mísero con tanto furor como pena.

—¡De eso de morir... hablaremos tú y yo más tarde!—respondió José.—¡Ahora se trata de dar tierra á la que ya ha muerto!

El osado tuteo de José dió tales alas á los otros rústicos, que tres ó cuatro empujaron á Guillermo hacia adelante, diciéndole:

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Lo primero es enterrar á la Señora! ¡Fuera de conversaciones! ¡José la ha sacado del agua, y José debe sepultarla en la tierra! ¡Conténtese usted con que no lo arrojemos también al estanque!

Guillermo se cubrió el rostro con las manos, llorando amargamente.

En esto llegó allí el tío Antonio, y, comprendiendo todo lo que ocurría, se abrazó al desamparado joven y le dijo:

—¡Nada tema usted!... Sígame... Yo lo acompañaré al palacio y prepararé su fuga...

—¡Es que yo no quiero huir!—respondió el joven, abrazando tiernamente al noble Antonio.—¡Yo no quiero apartarme de mi Julia! ¡Yo quiero ser enterrado con ella!

El anciano levantó los ojos al cielo, como exclamando:

—Eso no es tan fácil de hacer como de decir...

Y condujo á Guillermo al palacio por fuera de camino, á fin de que no tropezara otra vez con las cortijeras.

XIII

EL PERRO Y EL LOBO

El cadáver de Julia no fué depositado en el palacio. Opúsose á ello José, y lo llevó á su nueva casa, jurando y perjurando que Guillermo no volvería á ver á la que había sido víctima de sus infames amores.

Se avisó al lugar inmediato, para que el Alcalde, el Médico y el Cura entendiesen en aquella tragedia; y el Alcalde y el Médico, acompañados del Secretario, estuvieron efectivamente en el cortijo, donde se instruyeron las oportunas diligencias en comprobación del suicidio... En cambio, el Cura, cumpliendo también con su obligación, tuvo suficiente valentía para responder que, "por la naturaleza de tan sacrílego atentado, y por tratarse de una *persona incomunicada con la Iglesia*, hasta

el extremo de la contumacia y la rebeldía, no podía dar sepultura eclesiástica al cadáver de doña Julia".

Mucho asustó y horrorizó este anatema póstumo á aquellos devotos labriegos... Pero al cabo pudo más que el pavor religioso el inmenso cariño que tenían á su ama (sobre todo desde que la habían recobrado, bien que difunta, de manos del "*judío que la hizo vivir y morir en pecado mortal*"), y encargáronse ellos de darle tierra, á fin de que no fuese pasto de los buitres. Además, sabedores (por concienzuda declaración del tío Antonio) de que la Marquesa había dejado cerca de mil duros para su entierro y para los pobres del cortijo, decidieron gastarlos todos en misas por su alma, si el Cura no tenía inconveniente en decírselas, ó, en caso contrario, por las ánimas benditas en general.

El cadáver, muy adornado de flores, cintas y tules, permaneció veinticuatro horas expuesto, en casa de José, y fué sepultado en la huerta, debajo de un sauce, no sin quedar comprometido el tío Antonio á rodear aquel pedazo de terreno con una tapia de yeso y piedra, que tendría su correspondiente puerta con llave y todo.

De nada valieron los ruegos y amenazas del capataz, á fin de que se permitiese á Guillermo presenciar el acto de enterrar á Julia... El mismo José, que estaba como loco, dijo á su padre que antes se dejaría matar que consentirlo.

Por nuestra parte, renunciamos á pintar el dolor, la humillación y la furia del infortunado prisionero durante los tres días que aun permaneció en el palacio del *Abencerraje*... Sólo referiremos, por vía de resumen, lo

que le aconteció al tiempo de salir de aquella romántica tierra.

A las cuatro de la madrugada, y gracias á los buenos oficios del tío Antonio, Guillermo partió muy secretamente del cortijo..., después de haber llorado largo tiempo, entre las sombras de la noche, sobre la sepultura de Julia... Un arriero de la villa inmediata había llegado pocas horas antes por el lado de la huerta, y vuelto á hacer las tres famosas cargas de equipaje...

Creíase que nadie estaba enterado en el caserío ni en el palacio de aquellos preparativos de marcha... El tío Antonio no se había fiado ni tan siquiera de su mujer, y muchísimo menos de su hijo...

Al llegar el día, cruzaba el joven (enteramente solo, pues el arriero se había quedado atrás con las cargas) la erguida sierra que sirve de límite superior al valle, cuando, al tiempo de volver los llorosos ojos á la comarca de que iba á salir para siempre, sintió silbar una bala por encima de su cabeza, y casi al mismo tiempo oyó el estruendo de un tiro.

—Me tiran á mí...—murmuró, parando el caballo y mirando alrededor suyo.

Entonces vió en lo alto de unas peñas, á quince ó veinte metros de la vereda por donde él caminaba, la esquiva figura de José, que seguía con la escopeta terciada y como examinando si había logrado herirlo.

—No me has dado, José...—gritó Guillermo, volviendo hacia él el caballo y soltando las riendas.—¡Carga otra vez, y tira! Toda la razón está de tu parte.

Y dicho esto, se cruzó de brazos con más desesperación que arrogancia.

José lo miró algunos momentos; hizo un ademán de altivez é indulto; se echó la escopeta al hombro, y desapareció lentamente por entre aquellos riscos.

XIV

EPÍLOGO

Pocos años después se casó Guillermo con una joven de su clase, tan linda y alegre como temerosa de Dios y honesta, de la cual tiene muchos y muy hermosos hijos. Por arte del diablo (ó sea por intrigas de cierta Duquesita viuda), Enrique logró ser Ministro de Fomento antes que él...; pero no con tanta gloria propia ni para tanto bien de la patria... El nombre de *Guillermo de Loja* pasará á la posteridad como el de Somodevilla, Floridablanca, Martínez de la Rosa y algunos otros héroes de la paz.

José y Brígida han reunido también larga prole, y son completamente felices, no sólo porque están muy ricos, gracias á las famosas obras hidráulicas del ingeniero-poeta, que han quintuplicado el valor de la cortijada, sino porque tienen tranquila la conciencia y gran confianza en ir desde la tierra al cielo.

De nuestra heroína no ha vuelto á hablar nunca nadie. No se habló al principio, por cristiana deliberación de no recordar sus graves errores, y no se ha hablado después, por natural olvido de todos y cada uno de los personajes de esta historia, que hartos han tenido y tienen en qué pensar con sus cuidados propios ó con los

de la Nación, con las siembras y las cosechas, con los discursos y las revoluciones, con los males de los hijos pequeños, con la entrada en quintas de los grandes, con el casamiento de las zagalas, con la carrera de los bachilleres y con todas las demás incumbencias de los buenos ciudadanos y padres de familia... Unicamente los gorriones y alondras de la huerta saltan alguna vez las tapias del enterramiento de *la Pródiga* y están enterados de que sobre su humilde sepultura nacen todas las primaveras cardos silvestres, ortigas y jaramagos. Fué, por tanto, inútil dispendio y pura necesidad poner á aquel recinto una puerta... que todavía no se ha abierto para nadie, ni se abrirá probablemente mientras el mundo sea mundo.

FIN

ÍNDICE

LIBRO PRIMERO

CAMPAÑA ELECTORAL

	PÁGS.
I. Política recreativa.....	7
II. Una gran electora.....	9
III. El cortijo del <i>Abencerraje</i>	17
IV. La señora Marquesa.....	22
V. José.....	28
VI. Resonancias de la vida.....	38
VII. Una mujer que se conocía á sí misma.....	44
VIII. Dos vencedores y un vencido.....	57
IX. "A la Excma. Sra D. ^a Julia de ***.— Partido de ***.—Término de ***.—Cortijo del <i>Abencerraje</i> .".....	63

LIBRO II

SUEÑOS DE AMOR Y FORTUNA

I. Para verdades... Madrid.....	66
II. Una sesión de Cortes.....	69
III. Segunda carta de Guillermo á Julia.....	72
IV. En el fondo del alma.....	77
V. Metamorfosis.....	80
VI. Pura.....	83
VII. Idilio madrileño.....	86
VIII. Un diplomático.....	91
IX. Verdadera historia de Julia.....	95
X. Perplejidad.....	103